

Si volvemos a los elementos que, a juicio de los autores, definen la perspectiva fractal de la literatura del Caribe, se puede percibir que en cada uno de esos temas, tópicos, motivos, están presentes la historia, la geografía, la cultura, la memoria, y todos, en síntesis, confluyen en lo barroco como expresión. Se trata de una propuesta de análisis que tiene en cuenta lo histórico sin establecer una relación directa entre la sucesión de hechos y los textos: es decir, el análisis no se rige por lo histórico, sino por lo estético, función primordial de la obra literaria como signo, reconocida por los investigadores. En esa perspectiva, *El Caribe en su discurso literario* se revela como una propuesta que puede ser fructífera, al encarar la literatura caribeña desde las estrategias y recursos literarios que permiten en su totalidad referirse a ella como un sistema cultural.

MAYULI MORALES FAEDO

GABRIEL CACHO MILLET, *El último Borges*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.

Quienes alguna vez conocieron a Borges, siquiera de manera fugaz, u oyeron alguna conferencia hoy siguen sacando a la luz testimonios inéditos, muchos de los cuales son reveladores por los documentos presentados y otros porque exploran nuevas vetas interpretativas. Más allá de los documentos testimoniales, también el *corpus* borgeano sigue *creciendo*, como lo demuestra el tercer tomo de los *Textos recuperados*, aparecido a finales de 2003.

En esta ocasión me interesa comentar *El último Borges*, de Gabriel Cacho Millet, libro por demás necesario, pues se enfoca en los últimos años de Borges; se trata de un texto misceláneo que no se queda en la anécdota desnuda, sino que está sustentado en documentos de primera mano: ya una corrección autorizada, ya una carta, ya una nota, todas marcas de la vida fecunda de Borges, sirven a Cacho Millet para ilustrar, primeramente, su relación amistosa con el poeta y, en segundo término, para destacar asuntos ignorados por la mayoría de los biógrafos de Borges y, acaso más meritorio, para burlar la amenaza de la porosidad de la memoria: “Sabido que al cabo de los años la memoria puede fácilmente convertirse en fantasía, me detuve a cotejar aquellas astillas perdidas del recuerdo con algunos papeles no alcanzados todavía por la mano de ningún biógrafo” (p. 11).

En “Borges corrige a Borges”, práctica común en el autor, Cacho Millet cuenta cómo sirvió de intermediario entre una editorial italiana y Borges para publicar un poemario inédito de éste; proyecto, al parecer, inconcluso. Era el momento en que la crítica italiana, profana

y especializada, idolatraba a Borges. Esta labor de secretario en que Cacho Millet se vio comprometido, también le permitió descubrir el maniático mundo de la corrección borgeana: obsesión quizá que, me parece, no necesariamente debe entenderse como búsqueda de perfección, sino como estado permanente de actualización de la escritura mediante la lectura. En este proceso de “construcción” de un libro, puede verse el papel omnímodo del autor: lectura tras lectura, corrección tras corrección, y luego el desencanto de haber escrito un poema frustrado. De este primer capítulo resaltan dos cosas: una, que si bien no se trata de una edición crítica de los poemas corregidos, es posible imaginar el complejo proceso de la corrección borgeana, pues el amanuense explica y, en ocasiones, llena huecos o detalla momentos casi íntimos que sólo él vivió durante la hechura de *Los conjurados*, último libro editado por Borges (sin caer en un protagonismo insultante, al contrario, se presenta como “torpe lazariño por las calles de Buenos Aires”, p. 22); otra, que deja al descubierto a un Borges ansioso de reconocimiento, humanísima ansiedad de quien pondera, soberbiamente, la modestia, como se observa en un diálogo reproducido por Cacho Millet: “Mis amigos saben que cuando publico un libro no tienen que hablarme de ese libro. No he leído una sola línea sobre mí. No sé si escriben bien, si escriben, si me critican, si me alaban” (p. 73). A los 85 años, y en la cumbre de la fama, bien podía decir eso y hasta reescribir su historia.

En el capítulo, “Poemas en busca de un libro”, Cacho Millet reúne tres poemas escritos entre 1980 y 1983 que Borges dejó fuera de sus últimos libros de versos; además, incluye un poema, “Variación”, que por equivocación Cacho Millet había fechado erróneamente en 1982, pero cuyo antecedente es de 1970.

La tercera parte del texto comentado, “¿Borges *versus* Alberti?”, es indudablemente iluminadora porque pone de manifiesto una suerte de odio oculto entre estos dos pilares de la literatura hispanoamericana. La explicación de este desencuentro de personalidades puede extenderse a sus respectivas obras, según Cacho Millet: uno militante político; el otro, acre crítico de los sistemas políticos; uno, poeta de voz llana y susurrante, el otro, elocuente y casi vociferante. Este paralelo que ahonda en las diferencias obliga a pensar en una pugna subterránea. Acaso tan dura como el silencio que Borges impuso respecto de Xavier Villaurrutia, quien además de colaborar en *Proa y Martín Fierro* reseñó al menos tres libros de Borges y nunca vio una línea de reciprocidad.

En “Una mujer y Borges”, Cacho Millet reseña la amistad entre Susana Bombal y Borges. Es éste un episodio intermitente, pero constante, en la vida de Borges que apenas ha sido comentado por sus biógrafos, por ello los retratos que adornaban la recámara borgeana y la serie de cartas y recados entre Susana y Georgie abren una

ventana indiscreta por la que se puede ver la fidelidad del amigo. Una amistad que perduró por casi cuatro décadas. Las visitas a Los Álamos, la estancia de los Bombal, seguramente fueron remansos en la agitada vida del último Borges y su madre. Tan fuerte fue el lazo que los unió desde el principio que un ejemplar de *Poemas* de 1943 está dedicado a Susana Bombal, un amor en el umbral, se diría, porque “entre los dos no hubo «conocimiento» en el sentido bíblico” (p. 173): “Un amor imposible. La amiga del alma y no del cuerpo” (p. 176). Así como el capítulo sobre Borges y Alberti relata la crónica de una enemistad, éste sobre Borges y Bombal hace énfasis en la amistad: simpatías y diferencias del corazón.

El apartado siguiente, que compila los documentos cruzados entre Borges y Susana Bombal, resulta el más sustancial de todos, ya que mediante dedicatorias, traducciones, notas, cartas y tarjetas Cacho Millet reconstruye el itinerario de esta amistad “que duraría siempre”, y cuyo incidental comienzo ocurrió un 22 de octubre de 1943: “Ni sus viajes, ni los míos nos separaron —expresó Susana Bombal después de la muerte de Borges. Mientras tanto, nuestra mutua pasión por las letras crecía día a día” (p. 225).

El capítulo final, que da título al libro, relata la visita oficial de Borges a Roma, entre el 12 y el 16 de octubre de 1984; en tal ocasión inauguró los cursos en el Liceo de Roma, recibió el doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad de *La Sapienza*, así como el título de “Caballero de la Gran Cruz de la Orden de la República Italiana” de manos del presidente en turno de Italia, Sandro Pertini. En este vívido recuento del paso de Borges por Roma resalta un propósito incumplido por el poeta, pues no fue coronado como los antiguos poetas con una modesta corona de laurel: “A mí me gustaría que me coronasen con hojas de laurel de verdad y no con esas de metal, de bronce o de oro. A Quevedo le llamaba la atención que se coronase a vidas casi divinas con algo tan simple y tan terrestre como unas hojas de laurel...” (p. 263). Sí los honores, la honra no.

A pesar de una página fatal, la 146, donde aparecen por lo menos tres erratas en nombres propios (“*Fernand* Silva Valdés”, por Fernán; “Ramón López *Valverde*”, por Velarde y “*Héctor* Ibarra”, por Néstor), se debe destacar la cuidada edición de *El último Borges*, pues la nitidez de las ilustraciones, la tipografía y, en general, el estilo editorial hacen “dulce y útil” la lectura de este material imprescindible desde ahora.

ANTONIO CAJERO
El Colegio de México